



tivado por la visita de un raro para dar lugar a otros que pase más tiempo. Es una para todos aquellos que van

dialogaba con él me sentía aprendiz de su tierra hablante. Sí. Lo sé. Me lo han dicho. Que este es un romanticismo. Que el campesino es analfabeto, que sólo sabe emborracharse, etcétera. A mí su trato me ha enseñado cosas muy distintas y todavía en estos días, entre tanto poder cultural y técnico, oigo que una canción de sus labios anónimos y analfabetos ha sido capaz de conquistar a toda España. ¿A qué se debe este poder de autenticidad? ¿Por qué los destrozamos, explotamos, embrutecemos y ellos resisten conservando esencias y virtudes que otros, privilegiados por la fortuna y la educación, hace tiempo perdieron?

Hoy está aquí, compartiendo este editorial, un campesino. Ha venido, en su indefensión y en su pobreza, atravesando media Nicaragua, a demandar justicia. Es de la región de Guaslala, al fondo del departamento de Matagalpa. Se puso en camino apenas supo que había sido levantada la censura. Es un hombre reposado, sencillo pero sin cortedad, de pocas palabras pero precisas.

—“Es el caso, señor, que en la hacienda La Posolera de don Fausto Molinari, la Guardia Nacional se llevó sin dar razones, el 24 de mayo de este año, a una familia: A Pedro Ramos Hernández, de 76 años, a su esposa y a sus dos hijos, René Ramos, de 29 años y Marta.

“Los llevaron al comando de Guaslala donde los tuvieron encerrados cinco días pasando grandes dificultades. Al quinto día sacaron a las dos mujeres y las soltaron como a tres kilómetros en una carretera. A los dos varones que quedaron en el comando los desaparecieron. De esto hace cinco meses”.

Me impresiona el verbo que usa el campesino. Un pueblo no inventa un verbo sino cuando la acción que expresa ya se

pedido muchas veces. El campesino me dice estos dos hombres “los recieron” está revelando una nueva forma de muerte anónima, negada, muda. Una muerte sin corpus”; es decir, la muerte no sólo del derecho a la vida, sino del derecho a la confirmación, a la verificación, a la vida! — Imagino con el dolor lo que significan para una familia pobre, sin influencias, recursos, esos cinco días de temerosas preguntas: de saber y de esperar, pero, al mismo tiempo, de poner la débil esperanza en algún tal vez, en algún quién sabe.

—¿Tienen alguna idea o sospecha de por qué los desaparecieron?— pregunto yo.

—Un señor de nombre Dolores Martínez los señaló como contrarios. —me contesta.

—¿Tenía alguna rencilla, algún pleito con la familia Ramos?

—No. Lo hizo en torturas.

En otras palabras: torturan a Dolores Martínez y éste da dos nombres: Pedro Ramos Hernández, de setenta y seis años — ¡un anciano! — y René Ramos, su hijo de veintinueve. Es la lacónica información que ha logrado filtrarse en cinco meses hasta la angustiada familia.

—¿Usted desea que “LA PRENSA” publique este caso y pida a las autoridades que se siga una investigación?

—Pedimos justicia, señor.

Hace poco tiempo alguien me atacó porque había aceptado integrar una Comisión de Derechos Humanos, y me dijo que yo no tenía estatura moral para hacerlo. ¡Ciertamente! Hoy he pensado lo mismo. Porque estatura moral es la de este hombre que tengo frente a mí. Este hombre sabe el riesgo que corre y el peligro a que se expone por reclamar un derecho constitucional y humano. Pero es su derecho y lo hace. Esta entereza, este valor cívico —que me lo está demostrando un humilde e indefenso campesino— es el que salvó a la Patria en cada una de las encrucijadas dramáticas de su historia.

Ahora tienen la palabra las autoridades. Este hombre —cuyo nombre quiero, instintivamente, reservarme para evitarle represalias— ha dicho una frase que no es sólo suya, sino de todo el pueblo nicaragüense: “Pido justicia”.